

ficios, y por ti se nos aplicará el fruto de nuestras ofrendas. Tú que has hecho de nosotros un órden de Sacerdotes y de Reyes, no permitas que desmientan nuestras obras caracteres tan augustos: haz que sostengamos esta dignidad con frecuentes victorias sobre nuestras pasiones, y con el Sacrificio continuo de nuestra voluntad: haz que siendo fieles á este doble ministerio, desempeñemos constantemente nuestras funciones en la tierra, y que merezcamos continuarlas en el templo de tu gloria por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

SUPPLICES TE ROGAMUS.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,
cap. 9. v. 24.

Jesus entró en el mismo cielo, para presentarse ahora adelante de Dios por nosotros.

¿Me atreveré yo á explicar una oración que los Autores mas sabios, los Pontífices mas santos, y los Doctores mas ilustrados han llamado inefable: una oración cuya profundidad misterio-

sa no se han atrevido á sondear, y que se ha mirado como superior á toda expresion por aquellos que se han dedicado á meditarla con fé? La obligacion que me he impuesto de explicaros todas las oraciones y ceremonias del Santo Sacrificio no me permite dispensarme, valiéndome de las luces de tantos Sabios y Santos, de poner en vuestra consideracion unas palabras consagradas para continuar el mas augusto de nuestros misterios. Debeis para esto no perder de vista que todas las oraciones del Cánon de la Misa tienen relacion íntima con las palabras de la consagracion. Estas oraciones deben ser pronunciadas con religioso temor, y meditadas con veneracion profunda: excitemos estos sentimientos en nuestros corazones, y prestadme la atencion posible.

Todas las oraciones del Cánon, á excepcion de las palabras de la consagracion se dicen teniendo el Sacerdote las manos elevadas; pero en esta de que tratamos, las junta, se inclina, y en algunas Ordenes religiosas cruza los brazos sobre el pecho. El Ministro se postra delante de la magestad de

Dios, segun que se lo permite la accion del Sacrificio, y hace tres señales de cruz, cuyo espíritu y objeto se reconoce en las palabras mismas que subsiguen y anteceden.

Rogámoste humildemente, oh Dios todopoderoso, mandes que por manos de tu Santo Angel sean llevadas estas cosas á tu sublime Altar á la presencia de tu Divina Magestad, para que todos quantos participando de este Altar recibiéremos el Sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de todas las bendiciones y gracias celestiales. Por el mismo Cristo Señor nuestro.

Rogámoste. La Iglesia ha ordenado con gran sabiduría que esta oracion se diga por el Sacerdote estando inclinado profundamente, y quiere por medio de las expresiones mas humildes pasar á su corazon y al de los asistentes los sentimientos mas respetuosos. Estas palabras deben ir en efecto acompañadas por parte del Sacerdote y del pueblo de una humilde confianza, porque se dirigen á un Dios todopoderoso, á un Dios bueno, á un Dios paciente, á un Dios indul-

gente y misericordioso, de quien, como nota un Autor piadoso, solicitamos aquí los efectos de su misericordia, y mas principalmente de su poder; y en efecto, se requiere toda la fuerza de su brazo para reconciliar al cielo con la tierra, y al hombre pecador con un Dios santo. Por esto no decimos como en las otras oraciones *haced, permitid, conceded*, sino *mandad*; y en efecto, para obrar tan grande maravilla, no se necesita ménos que esa voluntad imperiosa y absoluta que da el sér á la nada; que habla, y se hace todo; que manda, y todo es creado. Esta creacion nueva es, pues, la que debe renovar la faz de la tierra.

Mandad, Señor, que estos dones, indignos poco hace de entrar en el cielo, porque no eran á vuestros ojos ántes de la mudanza que se ha obrado mas que una vil materia; mandad, digo, que ahora que por la virtud de vuestra divina palabra se han convertido en el cuerpo y la sangre de un Dios, sean llevados á vuestro Altar sublime. Este Altar de la tierra no es digno de ellos, sin embargo de estar consagrado. Las manos del Sacerdote, aunque

santificadas por la uncion santa, no tienen la pureza que se requiere para ofrecerlos; y nuestros corazones, aunque animados por la caridad, y abrazados en el mas ardiente deseo, no son capaces de elevarse por sí hasta ese Altar sublime; y por tanto Vos mismo debeis, Señor, elevar estos corazones uniéndolos al Sacrificio, porque ¿quién será tan atrevido, pregunta un Profeta, que se presente delante de vuestro tabernáculo, y se quiera mantener sobre vuestra montañasanta? ¿Quién podrá lisongearse de tener la inocencia y la pureza de corazón que se requiere para presentarse con la debida confianza delante de Vos? ¡Ah! mientras que nosotros estamos postrados á los pies de este Altar visible, *haced* que vuestro Angel desempeñe la funcion de Pontífice para ofrecer sobre el Altar invisible la hostia de propiciacion. ¿Pero qué Angel empleareis, Dios mio, para tan importante ministerio? Es verdad que todos son los executores de vuestra voluntad; pero no todos están encargados de las mismas funciones. ¿Dareis esta comision al Angel, que armado con el poder de vuestro

tro brazo, precipitó en el infierno á los Angeles rebeldes? ¿Se la dareis al Angel bienhechor que en vuestro nombre fué la guia de Tobías, y el consolador de esta afligida familia? ¿Se la dareis al que escogisteis para anunciar á María el misterio de la redencion de los hombres? ¡Ah! aunque las Inteligencias celestiales sean tan admirables y santas, están postradas todas á los pies del Altar, tiemblan en la presencia del Cordero, y consideran como muy superior el ministerio de vuestros Sacerdotes. Por esta causa Jesu-Cristo mismo, el Angel del gran consejo, está encargado de presentaros esta oblacion. Si en la tierra le rebajasteis algun tanto respecto de los Angeles, es muy justo que recobre sobre estos Espíritus bienaventurados la superioridad que le da su naturaleza, y que en medio de sus bendiciones y adoraciones profundas tribute á vuestra Magestad por este Sacrificio el honor, la alabanza y la gloria que son debidas. Pero entretanto que nuestro Pontífice, nuestro mediador y nuestra víctima desempeña cerca de Vos en el cielo tan interesantes y augustas

funciones, nosotros participaremos de este Altar visible que se identifica con el Altar sublime del cielo. Ya no existe el muro de separacion: Vos estais verdaderamente con nosotros en la tierra, y nosotros estamos ya con Vos en el cielo: nuestra baxeza ya no puede considerarse como un estorbo: vuestra grandeza y vuestra magestad ya no nos oprimen: vuestro Hijo, que está en vuestra presencia, oculta á vuestros ojos todas las imperfecciones de nuestra naturaleza, y colocado en medio de Vos y de nosotros, nos oculta y disminuye los rayos de vuestra gloria. Por esta causa vamos á participar de este Altar llenos de confianza, los unos por la Comunión del cuerpo y de la sangre de Jesu-Cristo, y los otros por la union de sus corazones y de su voluntad á su Sacrificio: estos por la contricion de sus pecados, aquellos por sus votos y oraciones, y todos por la confianza mas viva.

Consideremos, pues, atentamente, hermanos míos, la oracion que dice la Iglesia en nuestro nombre, y llegaremos á comprehender la excelencia de la participacion del cuerpo y de la san-

gre de Jesu-Cristo. En efecto, nosotros participamos de él de una manera real en la Comunión santa, que es en algun modo la consumacion del Sacrificio; pero la Iglesia, que no excluye de esta participacion ni aun á los mayores pecadores, nos enseña por estas palabras que hay un género de comunión compatible con todas las situaciones de los Cristianos que asisten á la Misa; y así mientras que el Sacerdote participa de ella ofreciendo el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo, y el Cristiano contrito recibiéndole dignamente, participará el pecador reconociendo sus pecados, acusándolos, detestándolos, solicitando su conversion, y tomando firmes resoluciones para contradecirlos. El Cristiano afligido comulgará uniendo sus dolores á los de Jesu-Cristo inmolado por nuestros pecados, uniendo su voluntad á la del Hijo de Dios, que se ofreció voluntariamente, y aceptando el cáliz de amargura que le presenta el Señor en memoria del cáliz de salud que se va á ofrecer por él. ¿Pero qué nos enseñan esas señales de cruz que hace sucesivamente el Sacerdote

sobre el cuerpo, sobre la sangre de Jesu-Cristo y sobre sí mismo? Nos enseñan que el Sacrificio de la Misa es el mismo que el de la cruz, y que contiene todo su valor y sus efectos, pero que Jesu-Cristo no se ha cargado con esta cruz sino por nosotros; que él la tomó primero para darnos el exemplo, pero que tambien quiere que la tomemos con gusto, y que solo baxo esta condicion puede ser su Sacrificio el origen de todas las bendiciones y gracias, como la Iglesia lo pide en esta oracion.

¿Y quién será el que ha de echarnos estas bendiciones? Acordémonos, hermanos míos, de aquella escala misteriosa que vió Jacob, por la qual los Angeles subian y baxaban sin cesar de la tierra al cielo, y del cielo á la tierra. Esta vision fué seguida de una aparicion todavía mas misteriosa: el Angel de Señor luchando con él le cede la victoria, y no se separa hasta que le ha dado todas las bendiciones del cielo. ¿Qué misterios tan grandes encierra esta circunstancia! ¿Qué propia me parece esta figura para hacer-

nos entrar en el espíritu de la oracion que hace la materia de este discurso!

Acabamos de ver como sube el Angel del Señor al Altar sublime del cielo, para presentar en él la hostia de propiciacion, y ahora le vemos descender á nosotros para traernos todas las gracias que son el fruto de este Sacrificio. El viene á combatir contra nosotros, declarando la guerra á las pasiones que ponian un obstáculo á estos preciosos frutos, y nos hiere como á Jacob, arrancando de nuestro corazon las inclinaciones mas imperiosas. Esta herida es en realidad una curacion verdadera; y para que en todo sea perfecta la figura, exclamemos con este Patriarca: ¡Ah! no te dexaré, Señor, hasta que me hayas dado tu bendicion: es decir, no nos separaremos de tu Altar hasta que oigas todas nuestras necesidades, sabiendo firmemente que de qualquier naturaleza que ellas sean, serán aliviadas por la virtud de esta oblacion.

La Iglesia, que en todas las oraciones dedicadas á ofrecer el santo Sacrificio, usa siempre de palabras las mas propias, para darnos á conocer su uti-

lidad, nos dice en esta, que la bendicion que nos viene de Dios es una gracia, porque en realidad no nos es debida, y toda gracia puede considerarse como verdadera bendicion. Sin embargo, en estas dos palabras, gracias y bendiciones, comprehende de una manera directa todos los favores que podemos solicitar por el mérito de este Sacrificio; y es como si dixese á esa multitud innumerable de pueblos que participan de él en toda la extension del Cristianismo: aunque vuestras necesidades sean diversas, aunque se multipliquen vuestros males, aunque vuestra miseria sea muy profunda, pedid, y no temais que los límites que se han fixado al acto de este Sacrificio puedan perjudicar la extension de vuestras súplicas; ántes bien temed que vuestra poca fe y ninguna confianza detengan el curso de estas gracias y bendiciones. Si sois pecadores, pedid vuestra conversion en el seguro de que esta sangre se ha derramado para la remision de los pecados. Si sois justos, pedid el don de perseverancia, porque esta es la sangre de la alianza eterna que se ha dig-

nado Dios hacer con vosotros. Si estais afligidos, pedid los consuelos, porque este cáliz los encierra todos. Si sois tentados, pedid la fuerza, porque este Sacrificio es el seguro de vuestras victorias. Si sois perseguidos, pedid la paciencia, porque Jesu-Cristo en este Sacrificio os da el exemplo de ella. Si sois pobres, pedid los recursos que necesitais para aliviar vuestra pobreza, porque un Dios pobre es el que ha ofrecido este Sacrificio, y el que os ha adquirido el derecho á las riquezas de la gracia. En fin, si padecis inquietudes y agitaciones, pedid la paz, porque este Sacrificio es la prenda de ella.

He seguido, hermanos míos, en esta explicacion la doctrina de los Padres y Doctores mas ilustrados; pero para no omitir cosa alguna que pueda instruirnos sobre un objeto tan importante, añadiré una reflexion de un Autor muy juicioso. Hemos aplicado á Jesu-Cristo en un sentido muy natural estas palabras: *Rogámoste mandes que por manos de tu Santo Angel sean llevadas estas cosas á tu sublime Altar*; y aunque esta aplicacion tiene grande analogía con los principios de nuestra

creencia, no excluye sin embargo una interpretacion todavia mas natural, y muy propia para dar fomento á nuestra fe. En efecto, los Angeles asisten con nosotros al tremendo Sacrificio. ¡ Ah, si los imitásemos en su recogimiento, y en las profundas adoraciones que dan á Dios! La funcion de estos Santos Angeles es la misma que en otro tiempo exercia el Angel Rafael al lado de Tobías, quando le dice: *Yo soy el que presento al Señor las oraciones, los sacrificios y los votos que se le dirigen*. Sí, miétras que Jesu-Cristo mismo ofrecé á su Padre los dones que ha consagrado con la presencia real de su cuerpo y de su sangre, se ocupa el coro de los Angeles en recibir las súplicas y las oraciones de los fieles para presentárselas á Dios por Jesu-Cristo.

Esta consideracion es muy propia para sostener nuestra fe, y avivar nuestro fervor. En presencia de los Angeles tributamos nuestras adoraciones, y bendecimos el Cordero que se sacrifica en el Altar, y los Angeles protectores de esta santa casa, especialmente nuestro Angel de guarda, recibe

nuestras ofrendas para ponerlas delante del trono del Eterno. ¡ Ah, si estas oraciones se formasen por el espíritu de recogimiento, y si estos votos siempre fuesen dignos del Dios á quien se dirigen, del Sacrificio á que nos unimos, de las gracias que esperamos, y de los Espíritus bienaventurados que toman á su cargo el presentarlos! Pero me temo, hermanos míos, que se contristen estas Inteligencias celestiales al ver nuestras distracciones continuas y nuestra frialdad habitual: me temo que desechen nuestras súplicas como indignas de un Dios tan santo y grande. Por tanto, penetrados de esta verdad, y ántes de presentarnos á los pies del Altar, preparemos nuestro corazón, purifiquémosle con la contrición de todo afecto pecaminoso: pidamos al Espíritu de Dios, que forme en nosotros esos gemidos que pueden elevar nuestras almas hasta el Altar sublime del cielo: y en fin, pidámosle la virtud y el recogimiento que son indispensables para tributar al Dios tres veces Santo las adoraciones y los homenajes que empiezan en el tiempo, y se perpetúan en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

*EL MEMENTO DE LOS DIFUNTOS.*JOB, CAP. 19.
vers. 21.

Apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

Así se explicaba con sus amigos el mas paciente de los hombres, quando ellos se mostraban insensibles á sus trabajos. La Iglesia se sirve tambien de estas palabras en varias ocasiones para despertar nuestra sensibilidad con nuestros hermanos, que despues de habernos edificado en la tierra con una vida regular y cristiana, padecen en el purgatorio la sentencia de una justicia mi-